

WILSON, E. O.
On Human Nature.
Harvard U.P., 1978

On Human Nature es esencialmente una glosa del postrer capítulo de *Sociobiology. The New Synthesis*, en el cual el autor había dejado sentado que los principios biológicos a que se recurre para explicar el comportamiento social de los animales pueden aplicarse fructíferamente al estudio de la sociabilidad humana. Por ahí —concluía— la «nueva» ciencia de la sociobiología se convertirá en el enfoque primordial de las ciencias sociales sustituyéndolas completamente o, al menos, relegándolas a una situación secundaria. Pero *On Human Nature* —todo hay que decirlo— no sólo ha sido escrito a la manera de un comentario de los principales temas sociobiológicos sino también para responder a las fuertes críticas que la «nueva síntesis» ha provocado por parte de los científicos sociales e incluso de no pocos biólogos.

El autor se centra en la religiosidad, en la agresión, en el sacrificio generoso (altruismo) y en la sexualidad como las características fundamentales del comportamiento social dignas de análisis en el marco evolucionista, que es donde se asienta la sociobiología y el único que les puede dar su pleno sentido. Más precisamente, lo que Wilson pretende es mostrar que hay toda una gama de actividades sociales y humanas cuyas raíces evolutivas (biológicas) no son rastros semiperdidos en el fondo de los milenios, sino que podemos recuperar sus orígenes cercanos en nuestro paso reciente del género primate a la especie *Homo*. La idea no es nueva y, leyendo el libro, uno percibe los ecos familiares de muchas de sus ideas ya formuladas en esa larga tradición del reduccionismo biológico o de su inseparable compañero, el determinismo. La sociobiología se basa fundamentalmente en la actual ecología de poblaciones y en la genética cuyos avances en las dos últimas décadas han sido espectaculares. Wilson dice: «Lo auténtico de la nueva sociobiología es la manera cómo entresaca de

la matriz tradicional de la etología y de la psicología los fenómenos más importantes de la organización social para resituarlos en el panorama de la ecología y de la genética que los contemplan ahora a nivel de población con el objeto de demostrar cómo los grupos sociales se adaptan al medio gracias a la evolución. Sólo desde hace escasos años la genética y la ecología han avanzado lo suficiente como para que podamos servirnos de estos fundamentos» (pp. 16-17).

Los capítulos que abren *On Human Nature* sirven de presentación a las proposiciones básicas de la sociobiología que hacen relación al conocimiento del hombre. Wilson prosigue luego interpretando desde su ángulo reduccionista cuatro expresiones típicas del comportamiento animal que son, como hemos dicho, la agresión, el sexo, el altruismo y la religión. Con respecto a la primera el discurso wilsoniano no aporta ninguna novedad esencial: «Los seres humanos tienen una fuerte predisposición, previa a todo razonamiento, a responder con violencia a todas las amenazas externas y a entrar en una puja de hostilidades con el fin de obtener un margen de seguridad confortable ante la fuente de amenazas. Este tipo de reacción es algo que se ha gestado a lo largo de cientos y miles de años de evolución humana y ha conferido ventajas biológicas a los que se han conformado a ella con mayor fidelidad» (p. 119).

En el capítulo que sigue, sobre el sexo, Wilson avanza algunas hipótesis no tan populares como la que acaba de aludir. Por ejemplo, dice que la homosexualidad no sólo es normal sino que es válida desde el punto de vista estrictamente biológico. Es una curiosa nota «progresista» en medio de un discurso que tiene mucho de conservador. Quizás es un intento por parte de Wilson de demostrar que el reduccionismo sociobiológico no es forzosamente reaccionario. Algo parecido ocurrió con el geógrafo anarquista Kropotkin hace aproximadamente un siglo. ¿Se redimirá de su culpa el determinismo biológico exhibiendo esta credencial de progresismo? ¿Mejorará la aceptación académica de la sociobiología con estas veleidades «liberales»?

A propósito del «suicidio altruista» o del «martirio», Wilson acepta como totalmente correcta una interpretación que habrá hecho removerse al viejo Durkheim en su tumba: «La selección natural puede generalizarse si se incluye la selección parental (*kin selection*) (...). La hormiga soldado que con su sacrificio (esterilidad) protege al resto de la colonia y también al rey y a la reina, sus padres, se ve luego rodeada de hermanos y hermanas fértiles y, gracias a ello, los genes altruistas se multiplican y se expanden en los sobrinos y sobrinas» (p. 153). Es una elegante interpretación del comportamiento altruista de los insectos sociales (la especialidad que Wilson cultiva) y, para aquietar a los agresivos antropólogos,

les hace la concesión de que el altruismo humano, en sus formas y su intensidad, es básicamente debido a determinaciones culturales. *No obstante*, «hay que insistir que el sentimiento emotivo que tan poderosamente se manifiesta en los hombres de todas las sociedades es lo que realmente ha evolucionado genéticamente» (p. 153).

Wilson, el científico, pretende, de acuerdo con sus principios explicativos, reducir la religión al dominio de la ciencia que él practica. Así invade otro de los clásicos dominios de la psicología y de la sociología. Y no nos sorprende escuchar de su boca que «las formas elementales de la vida religiosa» (otra vez el sueño eterno de Durkheim está amenazado) tienen mucho que ver con «las ventajas genéticas que han aportado las transformaciones evolutivas». Una vez más, las pruebas de esta afirmación son tenues indicios y razonamientos inconclusos. Y ¿qué decir cuando Wilson, pasando de la religión al marxismo, decreta que éste «está amenazado de muerte por la reflexión sociobiológica?». «La razón es que la obra de Marx y el marxismo actual se basan en la premisa implícita de que existen profundos deseos en el ser humano y de que la conducta de éste se halla moldeada por el medio social. Jamás estas premisas han sido comprobadas; en el momento en que se expliciten se verá que son inconsistentes o que son sencillamente falsas» (p. 191). Uno no deja de señalar una ligera incongruencia en esta nota wilsoniana: si una teoría, según se dice, no ha sido sometida a prueba, difícilmente se puede asegurar con tanto aplomo que es falsa.

En definitiva, para muchos de los que hemos leído *Sociobiology*, el «libro de la naturaleza», su continuación, resulta bastante decepcionante. (¿Será por eso de que «nunca segundas partes fueron buenas»?) La reputación, totalmente merecida, del entomólogo Wilson no se debe en nada a sus elucubraciones metafísicas sobre la naturaleza del *Homo Sapiens* que constituyen el cuerpo de su capítulo 27 de *Sociobiology* y el de este libro que comentamos. Aquí Wilson sufre un extravío y toda la ciencia de que hace gala no pasa de ser un espectacular *display* pero mal emplazado. En el fondo ha tropezado ante el problema epistemológico de la relación y del trasvase conceptual entre unas ciencias y otras. La pretensión wilsoniana, a mi modo de ver, cae por su base. Es cierto que suscita hipótesis pero no lo es menos que el razonamiento y las pruebas que aduce son tendenciosas y frecuentemente carecen de base objetiva. Son, en una palabra, elucubraciones propias de un ensayista. Presentarlas en el marco de la ecología evolucionista y de la genética de poblaciones es una maniobra de maquillaje cuya valoración, en términos deontológicos, dejamos al lector. Wilson (por ingenuidad o porque no ve el mundo más que a través de su agujero) no parece ser consciente de las «pifias» que comete extrapo-

lando alegremente en dominios tan ameboides como el sexo, la agresión, el altruismo y la religión. Tampoco se queda en lo abstracto sino que toma posición en temas políticos, sociales y éticos. Y, para rematarlo todo, hace alarde de una arrogancia (¿o ignorancia?) insoportable. Decir que su sociobiología representa una «nueva síntesis», cuando es evidente que tan sólo es un episodio más (de acuerdo con el estado actual de la biología) de una larga historia, es utilizar la palabra «nueva» en un sentido muy engañoso: es nueva porque es la última hasta el momento, pero no es sino una versión más moderna de un vetusto y desacreditado discurso que, por supuesto, seguirá teniendo otras en el futuro.